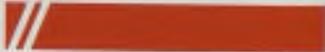


Un grupo de visitantes, recibe las explicaciones de una azafata sobre los Grecos expuestos.



Interior de nuestro pabellón.


«El Expolio» de El Greco y otras decenas de obras de la catedral primada lucen en el pabellón de la Santa Sede.

Pero lo que más va a sorprender al visitante va a ser la arquitectura de todo el recinto de la exposición. Casi todos los pabellones de los cerca de 100 países presentes, que sólo por su construcción y diseño merece la pena. Un ejemplo es el Reino Unido, construido de acero y vidrio y que cuenta con una cascada de agua impresionante de 18 metros, o el pabellón de Marruecos, rico por su decorado de azulejo, o la haifa Árabe donde se

puede contemplar la alfombra más grande del mundo tejida a mano. Otros como el Pabellón de Hungría lucen siete torres típicas de una iglesia rural cuyas campanas repicaron la inauguración de la Expo por Sus Majestades los Reyes de España. Japón cuenta con una grandiosa estructura de madera con 300 siluetas de japoneses, y Chile —por poner sólo algunos ejemplos—, donde a tres grados bajo cero se puede contemplar un Iceberg de cerca

de 50 toneladas traído desde la lejana Antártida.

Los pabellones de las Comunidades Autónomas guardan lo mejor de cada región, algunos, como Asturias permiten al visitante conocer y vivir, por dentro, la vida de los mineros; contemplar y disfrutar de la naturaleza de los Picos de Europa o refrescarse en las playas del Cantábrico. La imaginación permite en estos pabellones viajar hasta el último rincón de España y probar sus mejo-